

ISSN: 1130-2887

ANÁLISIS DE LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 2005 EN BOLIVIA

Analysis of presidential election of 2005 in Bolivia

Salvador ROMERO BALLIVIÁN

Presidente de la Corte Nacional Electoral de Bolivia

✉ salflo@megalink.com

BIBLID [1130-2887 (2006) 43, 31-61]

Fecha de recepción: marzo del 2006

Fecha de aceptación y versión final: junio del 2006

RESUMEN: Bolivia celebró en 2005 una elección presidencial anticipada que constituyó la respuesta a la grave crisis política y social que vivió el país en los años previos. El resultado de los comicios no tuvo precedentes en la historia democrática reciente pues por primera vez un candidato consiguió la mayoría absoluta y los partidos hasta entonces dominantes quedaron en una posición desairada. El triunfador, Evo Morales, encabezó una organización de izquierda que criticó con dureza el liberalismo económico, reivindicó el nacionalismo, prometió una reforma profunda de la política e hizo énfasis en la identidad étnica indígena. Superó por amplio margen al ex presidente Jorge Quiroga y conformó el primer gobierno monocolor desde el retorno a la democracia. El artículo busca ofrecer una explicación política y sociológica de los principales datos de la elección, interesándose en el desarrollo de la campaña y el comportamiento de los votantes.

Palabras clave: Bolivia, elección presidencial 2005, democracia, Evo Morales, Jorge Quiroga.

ABSTRACT: Bolivia celebrated in 2005 a presidential early election that constituted the response to the serious political and social crisis that lived through the country in the previous years. The result of the assemblies did not have precedents in the democratic recent history since for the first time a candidate obtained the absolute majority and the parties till then dominant stayed in a graceless position. The winner, Evo Morales, headed an organization of left side that criticized with hardness the economic liberalism, claimed the economic nationalism, promised a deep reform of the politics and did emphasis in the ethnic indigenous identity. He overcame for wide margin the ex-president Jorge Quiroga and the first government shaped monocolor from the return to the democracy. The article seeks to offer a political and sociological explanation of the principal information of the election, being interested in the development of the campaign and the behavior of the voters.

Key words: Bolivia, presidential election 2005, democracy, Evo Morales, Jorge Quiroga.

I. INTRODUCCIÓN

Prevista para 2007, la elección general se anticipó para fines de 2005. Adelanto que puso de manifiesto la grave crisis política que atravesó Bolivia a partir de principios del siglo XXI. Tras la elección de 2002, Gonzalo Sánchez de Lozada asumió el gobierno en condiciones difíciles y, en octubre de 2003, renunció luego de una grave convulsión social. Su sucesor, el vicepresidente Carlos Mesa, alentó una agenda de cambios que retomó las exigencias de los actores movilizados en ese momento: Asamblea Constituyente, participación en la definición del destino del gas, crítica al sistema de partidos, entre otros. En 2004, organizó el primer referéndum en democracia cuyo objeto fue definir la política energética. Sin embargo, menos de un año después de su éxito en la consulta, también debió renunciar en medio de movilizaciones que exigían nacionalizar la industria petrolera. Ese ambiente tenso impidió que los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados asumiesen la Presidencia de la República, respetando el orden de sucesión constitucional. Sus renunciaciones permitieron que Eduardo Rodríguez, presidente de la Corte Suprema de Justicia, ejerza la primera magistratura del país y prepare la elección general anticipada.

Los comicios de 2005 tuvieron, por lo tanto, un carácter inesperado para las fuerzas políticas. Se inició una campaña corta, intensa y marcada por la incertidumbre. Al cabo de ella, surgieron resultados impensados sólo años atrás: el Movimiento al Socialismo (MAS) de Evo Morales consiguió la mayoría absoluta de los sufragios, Poder Democrático y Social (PODEMOS) de Jorge Quiroga ocupó un distante segundo lugar y varios de los partidos relevantes del período previo ni siquiera presentaron candidatos. Se instauró así el primer gobierno monocolor de la democracia boliviana de los últimos veinte años, dirigido por Morales.

El objetivo del artículo es explicar los principales resultados de la elección presidencial¹. Para cumplir con ese propósito, es necesario ofrecer el contexto general que antecedió la precipitada convocatoria a elecciones, luego presentar las candidaturas que compitieron y explicar el desarrollo de la campaña. Sólo con esos elementos es posible comprender los resultados, analizados tanto en sus líneas generales como en su distribución regional, sociológica y política.

II. LA ELECCIÓN ANTICIPADA DE 2005 COMO RESPUESTA A LA GRAVE CRISIS BOLIVIANA

Después de una grave crisis económica, social y política que sacudió a Bolivia a principios de la década de 1980, la elección de 1985 marcó un momento de inflexión. Se trató de una elección de realineamiento² que redefinió las políticas públicas

1. De manera simultánea, los electores sufragaron por los diputados uninominales y, por primera vez, por prefectos departamentales. No se realiza un análisis de ninguno de los dos escrutinios salvo para ayudar a una mejor comprensión de la dinámica política de la elección general.

2. Como puede verse en el trabajo de P. MARTIN (2000).

y reconstruyó el sistema partidario por dos décadas. En efecto, por un lado, el gobierno de Víctor Paz impulsó una política a contramano de la lanzada por la Revolución de 1952: promovió la iniciativa privada, redujo el papel del Estado y apuntó a consolidar las instituciones representativas. Estas líneas, junto con el multiculturalismo, constituyeron la base de un consenso entre los principales actores políticos y sociales durante veinte años (Romero Ballivián, 2005). Los gobiernos sucesivos se mantuvieron en esa orientación, por supuesto con matices distintos.

Por otro lado, los resultados de 1985 estructuraron un sistema de partidos que se articuló alrededor de tres actores: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), cuyo liderazgo fue asumido por Gonzalo Sánchez de Lozada y que triunfó en tres elecciones (1989, 1993, 2002); Acción Democrática Nacionalista (ADN), fundada por Hugo Banzer, ganador de los comicios de 1985 y 1997; y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) que si bien no ganó ninguna elección ejerció la Presidencia con Jaime Paz (1989-1993). Esos partidos tuvieron un papel dominante aunque debieron compartir la votación con Conciencia de Patria (CONDEPA) y Unión Cívica Solidaridad (UCS), que a partir de 1989 recibieron el voto de los sectores insatisfechos con los resultados de la política económica liberal.

Las elecciones que siguieron a la de 1985 se desarrollaron en tiempos de «política normal», confirmando la tendencia dejada por los comicios de 1985. Así, en 1997, Banzer mantuvo las políticas dejadas por sus predecesores: respeto a la economía de mercado en un contexto de crecimiento, proceso gradual de afianzamiento y reforma de las instituciones. No obstante, esa superficie lisa se resquebrajó a partir del año 2000. Bolivia sintió el impacto de la crisis económica regional que contrajo los niveles de crecimiento, aumentó el desempleo, acentuó la insatisfacción de grupos que figuraron entre los perdedores del viraje liberal. La legitimidad de la economía de mercado, sustentada en sus rendimientos, quedó cuestionada a raíz de unos años de crecimiento bajo e incluso de retroceso en el ingreso per cápita del PIB (Gray Molina, 2005: 4). Además, el gobierno confrontó problemas sociales. Abril de 2000 constituyó un momento de quiebre: Banzer capituló ante la convergencia de bloqueos campesinos en el Altiplano dirigidos por Felipe Quispe, una revuelta popular en Cochabamba exigiendo la expulsión de una empresa transnacional encargada del aprovisionamiento de agua potable y una huelga policial que determinó el fracaso del Estado de sitio decretado para frenar los dos primeros movimientos (García, Gutiérrez, Prada y Tapia, 2001: 242).

A partir de ese momento, y durante por lo menos un lustro, el Estado se encontró a la defensiva frente a conflictos cada vez más numerosos y violentos (Laserna, 2004: 43-47). Los movimientos sociales, sin tener una dirección unificada, varias veces hicieron coincidir sus protestas para arrancar mayores concesiones. Por último, el armazón político se debilitó. El gobierno de Banzer coincidió con un incremento de críticas al sistema de partidos percibido como privilegiado y excluyente. La sucesión de pactos entre distintos partidos y la multiplicación de escándalos de corrupción restaron legitimidad a los partidos que debieron resignarse a perder el monopolio de la representación y aceptar mecanismos de democracia directa. Además, las críticas lanzadas contra el modelo económico y sus resultados sociales golpearon al Estado y a los partidos

encargados de su manejo. Ciertamente la renuncia de Banzer, obligada por razones de salud, abrió un paréntesis con la llegada al gobierno de su vicepresidente, Jorge Quiroga (2001-2002). Un cambio en el estilo político, una elevada popularidad y el inicio de la campaña electoral de 2002, generaron un clima social y político más apaciguado.

Con estos ingredientes se celebró la elección presidencial de 2002 que incluyó elementos de continuidad así como rupturas significativas³. Entre los primeros se destaca el triunfo ajustado del MNR, otra vez encabezado por el ex presidente Sánchez de Lozada (20,8%). Acompañado por el periodista Carlos Mesa, el jefe del MNR defendió el balance de su primera administración; si bien guardó un perfil bajo con respecto a la capitalización de las empresas públicas, propuso superar la crisis económica en el marco del libre mercado, recuperar la autoridad del Estado y atacar la corrupción. Igualmente, el MIR, dirigido por Paz, conservó el cuarto puesto de la presidencial precedente (15,1%).

A la vez, el escenario político se halló modificado con el derrumbe de CONDEPA y UCS, los partidos críticos con el neoliberalismo en los años 1990 (Mayorga, 2002: 345), el revés de la gobernante ADN (3,1%) y el ascenso de partidos que canalizaron el descontento con el estancamiento económico, las dificultades sociales y la crisis política de los años previos. El MAS, dirigido por el líder de los cocaleros Evo Morales, ocupó el segundo lugar (19,4%), un resultado inesperado para un movimiento que comenzó la campaña con ambiciones modestas. Su jefe tuvo un discurso beligerante de defensa de la hoja de coca, de denuncia de la capitalización y del imperialismo norteamericano. El MAS pasó apenas por delante de Reyes Villa de NFR (19,4%), que pretendió agrupar a los insatisfechos con un mensaje de renovación de hombres antes que de políticas. Por último, con un mensaje aguerrido y de tintes étnicos, el Movimiento Indio Pachakuti (MIP) de Quispe registró un nivel histórico para el katarismo (5,9%), reflejo del rechazo del altiplano al liberalismo.

El resultado indicó que los votantes tendieron a dividirse en dos segmentos de peso más o menos equivalente: los satisfechos con el balance de las políticas públicas de los 15 años previos, agrupados detrás del MNR, del MIR, de ADN, incluyendo ciertos segmentos de NFR, y los descontentos, que votaron por el MAS, el MIP, en parte por NFR, además de organizaciones pequeñas. Mientras que los primeros tuvieron relativamente bien definidas sus opciones desde el inicio de la campaña, los otros pasaron de la indecisión a la búsqueda del mejor candidato. Primero, se inclinaron por Alberto Costa Obregón de L y J, luego por Reyes Villa del NFR y en la recta final se dividieron entre el jefe de NFR y Morales del MAS.

Los comicios echaron por tierra los consensos dominantes desde 1985: legitimidad indiscutida de la democracia representativa y primacía de la economía de mercado, aunque los enfoques multiculturales –otro eje importante de los consensos– se fortalecieron en variantes que resaltaron la cuestión étnica (Loayza, 2004: 197). Lejos de ser una singularidad boliviana, la política latinoamericana se ha caracterizado en los últimos años del siglo XX por un reforzamiento de las corrientes críticas con el

3. Ver en FUNDEMOS (2002: 222) y C. BORTH y S. CHÁVEZ (2003: 196).

liberalismo económico, a veces también escépticas con las instituciones de la democracia representativa, y por el descrédito de los partidos gobernantes (también denominados «tradicionales»).

Así, si la década de 1990 favoreció a los defensores de la apertura económica, a principios del siglo XXI los comicios fueron ganados por los adversarios de esas ideas. En Bolivia, la elección de 2002 pareció ir a contramano de ese movimiento pero aún a pesar del triunfo de Sánchez de Lozada, la confianza en la economía liberal continuó declinando, el sistema partidario moderado y de alianzas se descompuso y dio paso a un sistema de tendencias centrífugas y polarizadas, con visiones antagónicas sobre la economía, la sociedad, la cultura y la política (Mayorga, 2004: 27-49).

Sánchez de Lozada organizó un gobierno de coalición que incluyó al MIR y a la UCS. Su segunda administración enfrentó problemas desde el inicio. Si en 1993 llegó con un porcentaje alto, una amplia legitimidad, una alianza social y geográfica de envergadura, en 2002 triunfó con un marcador bajo a pesar de la férrea oposición de los principales centros del conflicto social y político de los años precedentes, vale decir de las áreas de pequeña propiedad agrícola, las regiones cocaleras, los barrios populares. Su éxito tuvo un sabor paradójico pues era uno de los políticos más resistidos a raíz del proceso de capitalización: no llegó a gozar de un estado de gracia en ningún momento de su segundo período. La primera vez, recibió un país que vivía tiempos de «política normal» y con crecimiento económico; su segunda presidencia empezó en un estancamiento económico y dificultades políticas y sociales.

Mientras que en 1993 el MNR era la cabeza del gobierno y sus aliados tenían escasos medios para presionarlo, la segunda vez el MNR compartió el gobierno con el MIR, un partido cuya talla no difería significativamente de la suya. Su capacidad de dirección disminuyó y la legitimidad de la alianza en la sociedad fue baja. Finalmente, en su primer gobierno, Sánchez de Lozada contó con un programa ambicioso y una cómoda mayoría parlamentaria para ejecutarlo; en el segundo, propuso un plan de reacción ante una crisis social, económica y política y su bancada no representaba ni un tercio del total del Congreso.

El perfil de ambas gestiones también difirió por causas externas. Ocho años antes, el MNR tuvo como oposición al MIR y a la ADN, golpeados por la derrota y con una visión del país que compartía numerosos aspectos con la del MNR. En cambio, el MAS vivió su segundo lugar como una victoria, buscó federar a otras organizaciones políticas y sociales detrás suyo, no concibió su acción limitada al Congreso y en casi todos los temas tomó concepciones opuestas a las del MNR.

Después de un comienzo lento, en febrero de 2003, para encarar el déficit fiscal, Sánchez de Lozada aplicó un impuesto sobre los salarios que provocó un estallido de violencia: fuerzas policiales amotinadas chocaron con militares, oficinas públicas y comercios fueron asaltados. El saldo de víctimas superó la treintena y dejó desarmado al gobierno, impotente para aprobar sus instrumentos económicos o satisfacer las demandas sociales, desprovisto de una agenda política. La situación no mejoró con el ingreso de NFR al gobierno: la vasta mayoría parlamentaria no se tradujo en puntos adicionales de legitimidad o en un acercamiento con los sectores más movilizados; incluso

se reforzó la vinculación establecida entre pactos partidarios y «cuoteo» de cargos públicos (Costa y Rojas, 2004: 11).

En septiembre de 2003 se encadenó una serie de conflictos que derivaron el mes siguiente en la renuncia de Sánchez de Lozada a la Presidencia. En el Altiplano se repitieron bloqueos; la intervención de las fuerzas del orden provocó la muerte de campesinos, lo que exacerbó los ánimos en la ciudad de El Alto donde se produjeron las primeras manifestaciones y huelgas urbanas en las que se mezclaron el repudio a la muerte de civiles, protestas contra las medidas municipales de El Alto y la oposición a la venta del gas a Estados Unidos a través de un puerto chileno, un plan que dirigentes sindicales y de izquierda acusaban a Sánchez de Lozada de querer ejecutar. La situación empeoró cuando al bloqueo de caminos se sumó la ruptura del aprovisionamiento de gasolina en El Alto y La Paz por la acción de los manifestantes alteños.

La represión para restablecer el aprovisionamiento dejó un balance trágico, con la muerte de decenas de personas en El Alto. El rechazo al gobierno aumentó y la movilización que se organizó de manera consistente en los barrios de El Alto se reprodujo en otras ciudades así como en distritos mineros. El conflicto desplazó la consigna de la protesta de la oposición a la venta del gas a través de Chile a la exigencia de la renuncia de Sánchez de Lozada. La movilización encontró eco en sectores de clase media y frente a la envergadura de la represión, el vicepresidente Mesa rompió con el gobierno. Acorralado, debilitado y abandonado por sus socios políticos, Sánchez de Lozada renunció. Su vicepresidente fue proclamado presidente. El desenlace redujo la tensión: todas las medidas de presión fueron levantadas y la calma retornó al país. Sin embargo, las jornadas marcaron un profundo cambio de rumbo en la política.

La caída de Sánchez de Lozada resquebrajó el modelo que encarnó: supremacía de la economía de mercado con presencia del capital extranjero, democracia representativa con un papel central de los partidos y participación activa de los tecnócratas en las políticas públicas. En cambio, ganaron legitimidad las tesis que exigían un papel activo del Estado en la economía, el final del monopolio partidario para la representación y se exaltaron modos de participación y de acción alejados de la democracia liberal representativa. Este conjunto heterogéneo de ideas, algunas de las cuales como el nacionalismo económico se enraízan en una historia larga (Laserna, 2004: 49-78), no se plasmó de manera íntegra en la administración del nuevo gobierno pero influyó en su conducta y en el comportamiento de otros actores. En efecto, Mesa se comprometió a organizar un referéndum sobre la política energética, una Asamblea Constituyente que reformulara la Constitución y replantear la Ley de Hidrocarburos. Además, señaló que gobernaría sin partidos, disolviendo de hecho la coalición que sustentó a su antecesor.

Mesa se apoyó en una elevada popularidad que provino de la ruptura con Sánchez de Lozada, de una apertura a las demandas que se cristalizaron en octubre de 2003, de la habilidad para transmitir su mensaje y de su decisión de gobernar sin partidos. Sólo el MAS, opositor a los gobiernos liberales, salió intacto de los aprietos que sufrió el sistema de partidos tras los sucesos de octubre de 2003. Decidido a asentar su legitimidad,

Mesa convocó a una consulta popular para definir la política energética⁴. Era el primer referéndum en Bolivia en más de setenta años, probaba uno de los mecanismos de la democracia directa recientemente adoptados y abordaba uno de los asuntos polémicos de los años precedentes. Pese a ello, los partidos se mostraron desinteresados –con excepción del MAS que militó por el «sí» en las tres primeras preguntas y por el «no» en las dos últimas–, dejando una huella sobre la geografía del referéndum. El gobierno se encontró casi sin contendores al frente y obtuvo el «sí» en las cinco preguntas.

Sin embargo, en pocas semanas, el Congreso rechazó los proyectos de ley gubernamentales, supuestamente con la interpretación correcta de las respuestas afirmativas. El Congreso elaboró una norma propia, bajo la dirección del MAS, incrementando los impuestos y obligando a las empresas transnacionales a adecuarse a la nueva ley. La pérdida de control de la agenda política por parte del gobierno y de la definición de los ejes de la Ley de Hidrocarburos se produjo como consecuencia de la popularidad de la propuesta de nacionalización en la opinión pública. Los parlamentarios, aunque representaban a partidos en crisis, desbordaron al gobierno pues sintonizaban la aspiración popular. Así, la victoria en las urnas ni afianzó de manera durable la legitimidad del gobierno ni le permitió diseñar la política energética del país, lo que fragilizó al presidente.

Las elecciones municipales de diciembre de 2004 constituyeron un breve paréntesis en un ambiente tenso⁵. Ellas se distinguieron por la novedosa participación de más de 450 agrupaciones ciudadanas, que en la práctica funcionaron como partidos políticos locales (la elección municipal de 1999 fue disputada por menos de 20 partidos). Aunque con menos de 20%, el MAS se impuso, avanzó de manera considerable con respecto a 1999 y apareció como la única fuerza de alcance nacional mientras que los partidos «tradicionales» (MNR, MIR, ADN, UCS) retrocedieron y perdieron a muchas de sus figuras que prefirieron concursar con una agrupación ciudadana propia. Quedó la impresión de un paisaje político nacional fragmentado si bien localmente la concentración del voto fue el rasgo dominante.

En el primer semestre de 2005 el gobierno fracasó en su intento por recuperar la iniciativa pues encontró una fuerte resistencia en el Parlamento, en los sectores sindicales y en los movimientos sociales que presionaban para obtener la satisfacción de sus demandas aprovechando el debilitamiento del Estado. Estos grupos reforzaron su poder pero esa influencia no fue de la mano de una unificación de organizaciones dispares en su estructura, sus fines y tácticas. Por último, a medida que el juego partidario perdía consistencia, la cuestión regional, siempre presente (Roca, 1999: 350; Calderón y Laserna, 1985: 268), generó nuevas y profundas líneas de conflicto. Molestas con el activo papel del MAS en la definición de la política energética, con la actitud ambigua del gobierno frente a las empresas petroleras y con la desatención a sus demandas, las instituciones

4. Sobre las distintas facetas del referéndum, se puede consultar: CORTE NACIONAL ELECTORAL (2004); L. TAPIA (2004); FUNDEMOS (2004a: 200); FUNDEMOS (2004b: 220).

5. Un análisis de la elección puede encontrarse en FUNDEMOS. *Opiniones y Análisis* (73); S. ROMERO BALLIVIÁN (2005: 119); H. CARVAJAL y M. Á. PÉREZ (2005: 262).

de Santa Cruz enarbolaron la bandera de la autonomía departamental. Presionado por este movimiento, Mesa anunció a inicios de 2005 la convocatoria a una inédita elección de prefectos.

La situación se complicó cuando la discusión sobre la Ley de Hidrocarburos ingresó en su fase final: los legisladores insistieron en aprobar una versión que disgustaba al gobierno mientras que la movilización popular exigía la nacionalización pero sin respaldar al Congreso. La posición gubernamental se debilitó cuando Mesa anunció su renuncia. Los bloqueos en La Paz, los cortes en el suministro de gas, las amenazas de varios sectores sociales generaron otra vez una situación tensa: el Congreso, reunido en Sucre, decidió dar curso a la sucesión constitucional. Sin embargo, ni el presidente del Senado, Hormando Vaca Díez, ni el de la Cámara de Diputados, Mario Cossío, asumieron la Presidencia. Ambos debieron renunciar a su derecho pues la ciudad de Sucre se encontró bloqueada por mineros y campesinos decididos a impedir que miembros de la antigua coalición de gobierno ejercieran la Presidencia. Así se allanó el camino para que Eduardo Rodríguez, presidente de la Corte Suprema de Justicia, se convirtiera en el sucesor de Mesa (junio de 2005).

Rodríguez organizó su gabinete sin figuras partidarias para asegurar la neutralidad de su administración en la tarea que le fijaba la Constitución: organizar nuevos comicios presidenciales y dirigir un gobierno de transición. Sin embargo, existía un amplio consenso en el país en torno a que la elección no podía limitarse a elegir un presidente únicamente para completar el período constitucional y que más bien se necesitaban comicios generales que permitiesen conocer las expectativas de la ciudadanía y establecer nuevas correlaciones de fuerza política. El Congreso modificó la Constitución en ese sentido y sólo después Rodríguez convocó a la elección general para diciembre de 2005.

III. LOS PARTIDOS Y LAS CANDIDATURAS

Si bien la elección de 2005 llegó de manera precipitada, los principales candidatos eran conocidos de antemano. Morales, Quiroga o Doria Medina, que comenzaron con los puntajes más altos en las encuestas, habían tenido un papel relevante en la política de los últimos años. La presencia de Morales era aguardada. Nacido en 1959 en una pequeña y pobre comunidad campesina, Morales emigró a inicios de los años 1980 al Chapare, nueva área de cultivos de coca. Escaló todas las posiciones en el sindicalismo cocalero, convertido en un referente clave del movimiento popular y en la base de una nueva organización política, el MAS. En 1997 salió elegido diputado y en 2002 consiguió el segundo lugar en la elección presidencial. Su partido se desempeñó como principal fuerza opositora a Sánchez de Lozada y jugó un papel activo durante la gestión de Mesa, alternando una línea conciliadora y crítica. Morales eligió como acompañante de fórmula a Álvaro García Linera, un intelectual de izquierda que comenzó en las filas del Ejército Guerrillero Tupac Katari (EGTK) y luego adquirió notoriedad gracias a sus intervenciones como analista político y social en la televisión.

Tampoco llamó la atención la candidatura de Quiroga, proveniente de una familia acomodada (1960). Luego de sus estudios universitarios en Estados Unidos, hizo una rápida carrera que lo llevó al Ministerio de Finanzas, a la Vicepresidencia con Banzer (1997) y, finalmente, a la Presidencia (2001-2002). Aunque al finalizar su gobierno se instaló en Estados Unidos y conservó un perfil bajo, había concluido su gestión gubernamental con una elevada popularidad y su figura era respetada por los defensores de la economía de mercado. Su ingreso a la campaña no se hizo de la mano de ADN, partido del cual era jefe; optó por defender los colores de PODEMOS, una alianza de agrupaciones ciudadanas. Escogió como acompañante a María René Duchén, una de las presentadoras de noticias más conocidas del país.

Samuel Doria Medina (1958) alternó actividades privadas y públicas. Construyó una de las fortunas más importantes del país como propietario de la Sociedad Boliviana de Cemento (SOBOCE) y, al mismo tiempo, contaba con una amplia trayectoria: fue ministro de Planeamiento (1991-1993) y acompañante de fórmula de Jaime Paz en 1997, antes de preparar un proyecto propio, el partido UN. Intervino con frecuencia en los principales debates alternando un mensaje de apoyo y otro de crítica frente al gobierno de Mesa. Para acompañarlo, eligió a Carlos Dabdoub, ex ministro y ex parlamentario, convertido en uno de los portavoces del movimiento regionalista en Santa Cruz.

En una situación distinta se encontraron los poderosos partidos de 2002: el MNR, NFR y el MIR. Para el MNR, la elección se presentó en condiciones difíciles pues sus figuras no estaban en condiciones de competir y el partido atravesaba una aguda crisis. La designación de Michiaki Nagatani constituyó una sorpresa. Descendiente de japoneses instalados en una colonia agrícola de Santa Cruz (1959), el candidato no militaba en el MNR, tenía escasa experiencia política y su designación fue cuestionada en la misma organización. Como vicepresidente se incluyó a una de las figuras históricas del partido, Guillermo Bedregal.

El MIR y NFR, conscientes de sus limitadas posibilidades en la elección general, escogieron un camino novedoso: sus jefes apostaron a la elección prefectural. Paz se presentó como candidato en Tarija y se opuso a una candidatura presidencial del MIR, consiguiendo que Vaca Díez retirara su postulación. Promovió un acercamiento con PODEMOS que permitió que las listas parlamentarias de esa organización incluyesen a líderes del MIR. Por su parte, Reyes Villa aceptó que NFR participase en la contienda presidencial con la candidatura de Gildo Angulo, un militar nacionalista, sin militancia en el partido y que desarrolló una retórica propia. Al postular como prefecto de Cochabamba, Reyes Villa selló la suerte de NFR en la elección general: concentró los recursos económicos y logísticos del partido en la lucha regional y se desinteresó de la actuación de Angulo, candidato del cual se alejó durante la campaña.

De los restantes partidos, sólo el MIP había tenido experiencia electoral. Volvió a postular a la Presidencia a su jefe, Quispe, dirigente campesino con una extensa carrera política, fundador del grupo guerrillero EGTK y máximo dirigente de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia. El candidato no entraba en las mismas condiciones que en 2002, pues su liderazgo en el Altiplano se había erosionado y su poder de convocatoria había declinado.

De la presentación de los candidatos se pueden extraer varias conclusiones. La primera es el debilitamiento del entramado de partidos que definió uno de los rasgos del sistema político durante casi dos décadas. El MIR se presentó sólo en la elección prefectural, ADN fue excluida de PODEMOS aunque le prestó numerosos cuadros, UCS se mantuvo al margen de las dos contiendas, apenas el MNR decidió defender sus colores en la presidencial y en las prefecturas. El debilitamiento fue más allá de ese dato, a diferencia de comicios pasados, a la elección llegaron los partidos poco armados, con excepción del MAS. Antes que un mecanismo bien articulado, PODEMOS constituyó una galaxia laxa de grupos y personalidades provenientes de ADN, del MIR, del MNR y de hombres próximos a Quiroga. UN tampoco logró dotarse en su corta existencia de un aparato sólido.

Luego, destacó la renovación de candidaturas: por un lado, sólo Morales había competido en una elección presidencial, por otro lado, ninguno de los cuatro primeros candidatos había llegado a los cincuenta años. La diferencia con los comicios previos es evidente pues estaban ausentes las figuras más conocidas del período precedente. Este cambio generacional se extendió a las listas parlamentarias: con excepción de PODEMOS que incorporó a numerosos dirigentes de las viejas «tiendas políticas», los partidos buscaron en general rostros nuevos y el Congreso elegido tuvo uno de los promedios de edad más bajos de la historia democrática. En esa renovación generacional convergió tanto el final de un ciclo como la voluntad de ofrecer figuras novedosas a un electorado que pedía cambios.

Por último, se mantuvo la influencia de los medios de comunicación en la proyección de liderazgos: a pesar de sus disímiles características, García y Duchén debían en buena medida su presencia en las candidaturas vicepresidenciales a su larga trayectoria en la televisión. Este rasgo también fue visible en las listas parlamentarias, integradas por una cantidad significativa de periodistas o comunicadores.

IV. UNA CAMPAÑA ELECTORAL CORTA Y ACCIDENTADA

Normalmente, la elección general da lugar a una larga e intensa campaña por parte de los partidos. La campaña electoral de 2005 tuvo rasgos poco habituales: su convocatoria anticipada impidió a los partidos una larga planificación y los obligó a intervenir rápidamente, lo que favoreció a los mejor estructurados. Se trató de una campaña corta y, además, accidentada: durante más de un mes estuvo dominada por la disputa sobre la asignación de escaños que le correspondía a cada departamento. Recién zanjada la disputa por los escaños, en la que los principales partidos y candidatos tuvieron un papel secundario, toda la atención se concentró en la campaña. La campaña electoral tuvo dos temas centrales: uno fue el modelo de desarrollo; el otro, la renovación política.

Después de veinte años de aplicación de los principios económicos liberales y del éxito político de sus defensores, la elección de 2005 constituyó el momento de un nuevo balance que ocurría en un ambiente marcado por la renuncia de Sánchez de Lozada

y por una fuerte corriente de nacionalismo económico. La nacionalización de los hidrocarburos era respaldada por 77,7% de los encuestados: en esas condiciones, ningún candidato hizo una defensa abierta del neoliberalismo y, salvo el MNR, nadie quiso prescindir del término «nacionalización»⁶.

Sin embargo, detrás de esa fachada aparentemente uniforme, se puede distinguir por lo menos dos campos. En el primero, se alinearon los defensores del trabajo efectuado por el Estado desde hacía dos décadas, de la necesidad de incentivar la inversión extranjera, de proteger los contratos firmados con las compañías petroleras, de suscribir el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. En el segundo, se agruparon los críticos de las medidas adoptadas por los gobiernos desde 1985, exigiendo un papel activo del Estado en asuntos socioeconómicos, desconfiados de la apertura comercial y proponiendo nacionalizar el petróleo. Se trataba de un enfrentamiento de visiones sobre el destino que debía seguir el país por un largo período.

El modelo político, basado en coaliciones gubernamentales, pareció agotarse en 2003. La renovación política constituyó un elemento común, cada candidatura trató de representar ese cambio. Los matices se dieron por el grado de ruptura ofrecido por los partidos: unos mostrándose como un cambio completo, otros insistiendo en la posibilidad de conjugar renovación con el rescate de las prácticas positivas del ayer.

El MAS se colocó como el abanderado del cambio. Por un lado, criticó los resultados de las medidas liberales, acusadas de debilitar al Estado, de generar pobreza y corrupción, de favorecer a los intereses extranjeros y a las élites. No se limitó a señalar las deficiencias de las políticas recientes. Insistió que su propuesta dejaría atrás males crónicos del país, la discriminación, la desigualdad, la exclusión, cuyos orígenes debían encontrarse en épocas anteriores a la ejecución de políticas liberales. Acompañó ese discurso con la promesa de renovar de forma completa la política: sus principales dirigentes nunca habían administrado el Estado, al cual más bien combatieron y prometieron llevar adelante la Asamblea Constituyente para rediseñar las bases del país.

Al mismo tiempo, se presentó como el partido que permitiría que por primera vez gobiernan los sectores populares, definidos menos en términos de clase que étnicos (al asumir la candidatura vicepresidencial, García señaló que su objetivo era «apuntalar al primer presidente indígena de Bolivia y del continente»)⁷. Morales, venido de una aislada comunidad campesina del Altiplano, con limitados estudios escolares, forjado en la lucha sindical, constituyó el símbolo de ese cambio.

Al frente, PODEMOS ofreció continuar el trabajo realizado por el Estado aunque prometiendo mejoras sociales y una mejor distribución de los ingresos del gas. Procuró polarizar la contienda con el MAS, acusándolo de copiar el modelo venezolano. Repitió

6. A la pregunta, «¿Debe nacionalizarse la industria del sector petrolero?», el MAS respondió: «Sí, debe nacionalizarse», UN planteó «la nacionalización progresiva» y PODEMOS propuso: «Nacionalizaremos los beneficios del gas». FUNDACIÓN BOLIVIANA PARA LA DEMOCRACIA MULTIPARTIDARIA, (2006: 8-9).

7. «Evo y García Linera se unen por la Constituyente y la nacionalización» en *La Razón*, 17 de agosto de 2005.

un ejercicio similar en el tema de la renovación política: Quiroga había ejercido como presidente por lo que procuró subrayar que sus prácticas políticas eran distintas de las tradicionales y que gobernaría sin los aparatos partidarios. También se comprometió a organizar una Asamblea Constituyente e incluso presentó un proyecto de Constitución con reformas de corte político (segunda vuelta, elección directa de concejales, autonomías departamentales).

Entre ambos, intentó ubicarse UN. Propuso un modelo de desarrollo económico distinto y optó por una vía ligada a la trayectoria profesional de su candidato. En varias oportunidades, Doria Medina atacó a las compañías petroleras extranjeras pero a la vez defendió a la empresa boliviana y destacó su importancia como generador de empleos. Asimismo, procuró representar un proyecto renovador, al amparo de una sigla nueva, capaz de ocupar un lugar en el centro de la política, intentando empujar a los extremos al MAS y a PODEMOS. Durante la campaña intentó mostrar que ocupaba un tercer lugar cercano al de los dos favoritos.

El desafío era más difícil para el MNR o para NFR, organizaciones identificadas con lo que se percibía como «política tradicional». Eligieron estrategias distintas. Si bien la ambición del MNR era modesta, conservar su personalidad jurídica y lograr una banca parlamentaria pequeña, tenía a favor suyo una presencia nacional de más de medio siglo. No rompió con el legado liberal que contribuyó a construir pero con Nagatani mostró una de las caras nuevas de la elección y el candidato eludió los debates de la campaña, insistiendo en la necesidad de preservar el Bonosol y el Seguro Universal Materno Infantil, medidas sociales de los gobiernos del MNR. Al revés, NFR escogió como candidato a Gildo Angulo, un ex militar que criticó el liberalismo y defendió posturas nacionalistas, a contramano de la participación de NFR en la última gestión de Sánchez de Lozada.

El verdadero punto de partida de la campaña electoral se dio con la inscripción de las candidaturas. La carrera empezó de manera desfavorable para PODEMOS, cuyas listas parlamentarias incluían a dirigentes del MIR, del MNR o de NFR. Esa decisión, motivada probablemente por el deseo de contar con un armazón político que la agrupación no poseía por sí misma, se reveló costosa en términos de opinión pública. La prensa criticó el «transfugio» (término popular que designa el acto de cambiar de partido). y las listas contradijeron la voluntad de Quiroga de encarnar la renovación política: PODEMOS pareció el refugio de un sistema partidario cuestionado. Esa imagen no fue revertida ni siquiera cuando PODEMOS consiguió que muchos de los candidatos provenientes del MIR y del MNR renunciasen a sus postulaciones. El impacto de las renuncias fue menor al provocado por la presentación de las nóminas y al mismo tiempo el alejamiento de esos políticos experimentados dejó aún más endeble la estructura de PODEMOS pues sus reemplazantes llegaron para la recta final de la campaña y a menudo con corta experiencia en las competencias electorales. UN fue afectada en menor medida por el mismo tema. Las listas del MAS pasaron desapercibidas pues casi no incluían dirigentes de otros partidos e incluso las postulaciones para la reelección de sus parlamentarios fueron escasas.

La ventaja inicial que mostraban las encuestas a favor de Quiroga desapareció tras la presentación de listas. A partir de ese momento, los estudios de opinión coincidieron en señalar a Morales como favorito y a Doria Medina con una tendencia declinante.

La campaña se interrumpió al poco tiempo por una sentencia del Tribunal Constitucional solicitada por la brigada de Santa Cruz que rechazó que la elección se realizase con la asignación de escaños resultante del Censo de 1992. El Tribunal ordenó un nuevo reparto de acuerdo a los datos del Censo 2001. Ese fallo colocó el centro de la discusión en el Parlamento, donde chocó la brigada de Santa Cruz, que exigía incrementar su representación, con las de los departamentos del Occidente que se resistían a perder diputaciones. Las negociaciones fracasaron en repetidas oportunidades generando un ambiente tenso e incierto, más aun porque se percibía en los congresistas un intento para postergar los comicios. Los principales partidos asumieron un perfil discreto, deseosos de no perder apoyos regionales, aunque todos ellos coincidieron en exigir una rápida decisión congresal.

Ante la falta de soluciones en el Parlamento, la Corte Electoral indicó que suspendía la organización de los comicios pues necesitaba conocer la cantidad de diputados por región para sus tareas logísticas. Rodríguez intervino y aprobó un decreto que aumentaba los escaños para Santa Cruz (3) y Cochabamba (1), restando a La Paz (2), Oruro (1) y Potosí (1). Al mismo tiempo fijó la elección para el 18 de diciembre, dos semanas después de la fecha inicialmente prevista. La decisión gubernamental fue saludada como una adecuada respuesta al problema.

Después de la resolución de la crisis se reencauzó la atención ciudadana hacia la campaña electoral que se intensificó en los medios de comunicación. La radio y la televisión continuaron siendo elementos centrales en las ciudades. En las zonas rurales, su importancia fue menor y las campañas siguieron pautas más tradicionales, exigiendo un compromiso mayor de las estructuras partidarias.

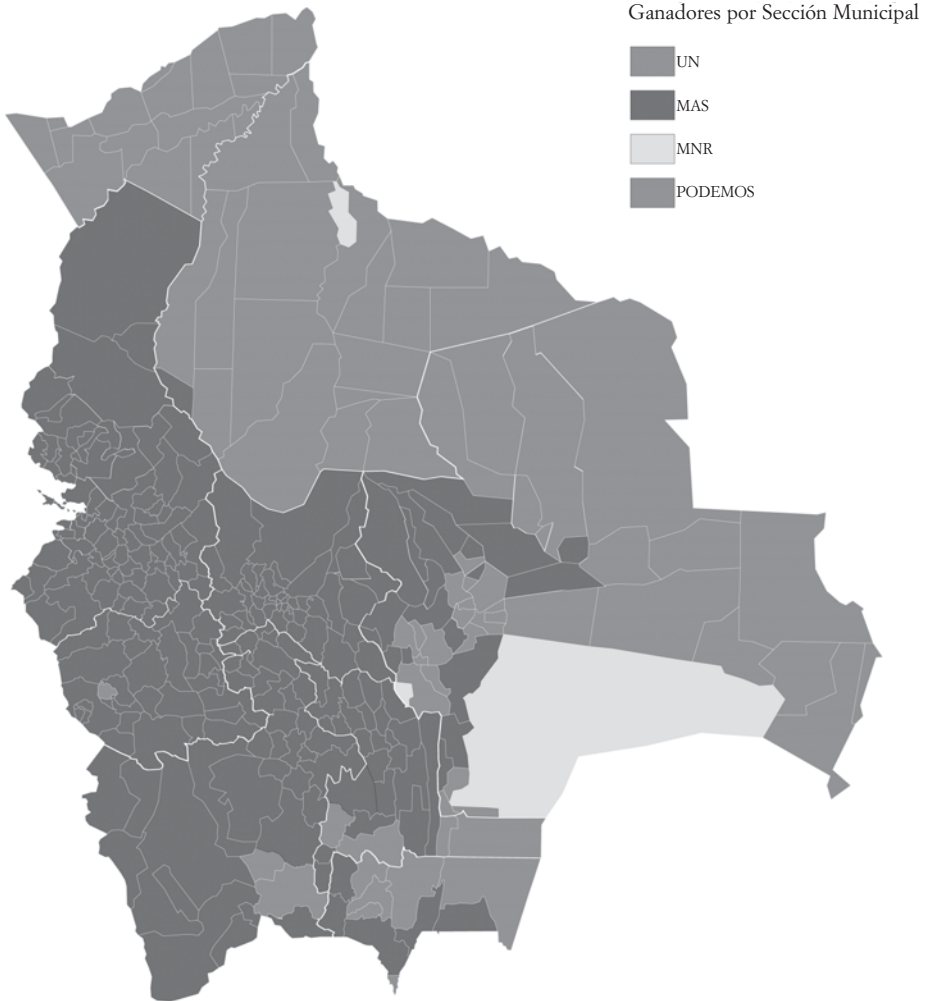
El debate fue escaso: no sólo porque Morales, Quiroga y Doria Medina no coincidieron en ningún encuentro sino porque la contraposición de argumentos fue limitada. Los partidos apostaron a los modelos que encarnaban y que los electores sintieron distintos: 50% de los encuestados pensaban que las ideas de Morales y de Quiroga sobre el país eran «muy diferentes». Esa táctica perjudicó a UN que tenía una identidad menos nítida que el MAS o PODEMOS. Ello también explica que parte del interés de los medios se centrara en la «guerra sucia» (ataques entre candidatos a través de *spots*), dejando de lado cuestiones ligadas al debate.

V. RESULTADOS

La elección ofreció cinco grandes resultados: un repunte de la participación; una victoria de proporciones históricas por parte del MAS, ganador en los departamentos de La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, con un significativo progreso con respecto a los comicios de 2002; un segundo lugar incómodo para PODEMOS, triunfador en Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija, el discreto nacimiento de UN, el fracaso de

los partidos «tradicionales» que sufrieron pérdidas con respecto a la elección precedente y el papel marginal de los otros partidos, desprovistos de apoyos significativos (Mapa 1). Los principales resultados se encuentran en el Tabla 1⁸.

MAPA 1



8. El análisis de la elección tendrá dos fuentes centrales de información: por un lado, las estadísticas oficiales de la Corte Nacional Electoral y, por otro, los datos de la encuesta de alcance nacional que la empresa MORI, una de las más importantes del país, ejecutó para esa institución en las semanas precedentes a los comicios.

TABLA I
RESULTADOS DE LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL (2005)

| Partido | Votos obtenidos | Porcentaje sobre votos válidos | Porcentaje sobre votos emitidos | Evolución 2005-2002 (puntos) |
|---------------|-----------------|--------------------------------|---------------------------------|------------------------------|
| MAS | 1.544.374 | 53,7 | 49,7 | + 30,3 |
| PODEMOS | 821.745 | 28,5 | 26,4 | - |
| UN | 224.090 | 7,8 | 7,2 | - |
| MNR | 185.859 | 6,4 | 5,9 | - 14,9 |
| MIP | 61.948 | 2,1 | 1,9 | - 4 |
| NFR | 19.667 | 0,6 | 0,6 | - 18,8 |
| FREPAB | 8.737 | 0,3 | 0,2 | - |
| USTB | 7.381 | 0,2 | 0,2 | - |
| Blancos | 124.046 | - | 4 | - 0,3 |
| Nulos | 104.570 | - | 3,3 | + 0,5 |
| Participación | 3.102.417 | | 84,5 | + 12,5 |

Fuente: Datos Corte Nacional Electoral.

V.1. La participación electoral, el Padrón y la depuración

Desde el punto de vista de la participación, la elección presidencial de 2005 multiplica las paradojas: por primera vez votaron más de tres millones de personas, el porcentaje de 84,5% fue el más elevado de los últimos 25 años pero el asunto de las «depuraciones» del Padrón Nacional Electoral desbordó el ámbito técnico para ingresar al político cuando el MAS se refirió a ellas para atacar con dureza al Organismo Electoral⁹.

La depuración de las personas que no votaron en los comicios previos explica, en buena medida, el muy elevado nivel de participación observado en los comicios de 2005. En efecto, al eliminar del Padrón a fallecidos y emigrantes, reflejó de una manera precisa la asistencia de los inscritos que viven en el país. Sin embargo, no puede desconocerse el impacto específico de la coyuntura para el récord de participación. La ciudadanía atribuyó a la presidencial un valor especial pues el país había atravesado años de tensión, administrado por gobiernos que tuvieron duraciones cortas: los comicios generales fueron vistos como útiles y como la oportunidad para definir el nuevo rumbo de Bolivia. Para retomar una expresión de André Siegfried, se trató de una «elección de combate»,

9. Los aspectos técnicos de esa controversia se encuentran analizados en S. ROMERO BALLIVIÁN (2006).

en la cual se eligen orientaciones fuertes y las organizaciones se comprometen, lo que establece picos de participación frente a las «elecciones de apaciguamiento».

La participación electoral se distribuyó siguiendo una lógica social y sobre todo política. En la primera, jugaron los factores estructurales que la favorecen, vale decir la existencia de mejores condiciones de vida, de amplia difusión del castellano, de acceso a la información política y de mayor densidad de los medios de comunicación. Así, las ciudades se mantuvieron como los lugares con menor abstención. La participación electoral puede ser estudiada de una manera precisa gracias a los «listados índices» que se utilizan en cada una de las mesas electorales. El primer dato relevante es la participación femenina, ligeramente superior a la masculina. No se trata de una situación habitual pues en la mayoría de los países son los hombres quienes más participan; sin embargo, corresponde con un cambio de fondo que se ha producido en los procesos electorales recientes: en la fase de inscripción, las mujeres se registran más que los varones y la brecha favorable al sexo masculino se ha reducido: en 1997 constituía el 54,2% de los inscritos, en 2004 los hombres representaron sólo el 51,4%.

Así, no se trata de un comportamiento homogéneo en todo el país. Las capitales y ciudades se singularizaron por la mayor votación femenina. Los centros urbanos se han convertido en los espacios de mayor apertura de oportunidades para las mujeres, brindándoles posibilidades de continuar sus estudios, ocupar puestos en el aparato público o en el sector moderno de la economía, con importantes campañas para la igualdad de sexos. Estas características han repercutido en la participación electoral femenina. En cambio, en las zonas rurales, donde perviven tradiciones que restringen el acceso a la escuela o al trabajo asalariado, las mujeres acuden menos a sufragar.

Por rangos de edad, la participación mostró un rostro más típico, con jóvenes menos participativos, con un pico entre adultos y un descenso entre los ancianos aunque en todos los grupos la abstención fue inferior al 20%. Es una distribución acostumbrada en otros países y también comprobada en Bolivia (España, 2005: 82). Si bien los jóvenes recién inscritos se mostraron entusiastas (84% de participación entre los inscritos de 18 a 21 años), la participación tuvo su punto menor entre los registrados de 22 a 30 años (83,7%). Desde ese nivel, la concurrencia a las mesas de votación subió de manera paralela a la edad, partiendo de 86,5% (31 a 40 años) hasta alcanzar 89,9% (de 66 a 70 años) para luego descender entre los mayores de 70 años (84,4%). Aquí, la abstención siguió un patrón clásico: son los grupos con mejores niveles de integración en la vida económica, social, política quienes más votan: es el caso de los adultos, económicamente activos, miembros de organizaciones sociales, con ejercicio de responsabilidades en muchas áreas.

La participación electoral no se explica sólo por razones sociológicas, influyen asimismo los resortes políticos. Hubo una división del país: las regiones occidentales y centrales acudieron a las urnas en una proporción mayor que el Este y el Sur. En los últimos años, la iniciativa política se concentró en las tierras altas: allí se produjeron las movilizaciones que forzaron las renuncias de dos presidentes, los sectores populares organizados exhibieron su poder logrando concesiones y definiendo la agenda política (Asamblea Constituyente, nacionalización de los hidrocarburos, redefinición del

modelo económico, entre otros). La politización y el sentimiento de fuerza que generaron esos procesos favorecieron la participación, más todavía cuando Morales, el candidato preferido de la región, tenía perspectivas serias para imponerse. Se trataba de una situación novedosa pues a partir de 1985 los movimientos de izquierda, influyentes en el Occidente, no habían conseguido rivalizar con el MNR y ADN. Los centros de mayor actividad política del país registraron niveles de participación muy elevados; incluso se superó el 88% en municipios del Altiplano o en los distritos mineros.

A la inversa, en las regiones inclinadas por los partidos tradicionales, la asistencia se situó por debajo de la media nacional. El ambiente político, social y económico se encontraba dominado por ideas poco implantadas en la región: hubo un retraimiento frente a la evolución política nacional no siempre aceptada o compartida, agravado por los problemas de liderazgo en los partidos que ejercieron el gobierno y que tenían una posición dominante en la zona, y por los ataques al modelo de desarrollo local basado en la iniciativa privada y la inversión extranjera. En los baluartes del MNR o de ADN fue frecuente que la participación, si bien alta, quedase por debajo de 80%. Los votantes ratificaron las preferencias anteriores pero las dudas se expresaron a través de una participación menor a la media nacional y a través de un incremento de los sufragios blancos.

V.2. La histórica victoria del MAS

El MAS obtuvo una victoria de características inéditas: por primera vez en cuarenta años, un candidato obtuvo la mayoría absoluta de los sufragios válidos, superó con casi 15 puntos el mejor desempeño electoral desde el retorno a la democracia, aumentó su caudal electoral en más de 30 puntos con respecto a su votación precedente, un progreso sin equivalentes en el último cuarto de siglo. El triunfo del MAS se nutrió de una lógica política y una lógica socioeconómica que se reforzaron mutuamente. En política, el MAS encarnó la renovación. Si bien se notaba una erosión de la legitimidad de los partidos, los años previos a los comicios llevaron a un descrédito profundo de los políticos que ejercieron el gobierno.

La caída de Sánchez de Lozada fue interpretada como el final de una «democracia pactada», percibida como pervertida por pactos guiados por intereses particulares; la gestión de Mesa cristalizó el rechazo a los partidos tradicionales; por último, durante el gobierno de Rodríguez, las acciones tendentes a postergar las elecciones acentuaron el malestar con el Parlamento, dominado por figuras del MNR, MIR y NFR. El análisis no puede excluir la consideración del contexto sudamericano: en Bolivia también se notó el impulso favorable para los actores que cuestionaron el funcionamiento del sistema político y el desempeño estatal que permitió el triunfo de candidatos forjados lejos de los partidos tradicionales en un contexto de insatisfacción creciente con la democracia y de escepticismo con las virtudes de la libre empresa (Zovatto, 2005: 13-29).

El MAS se presentó como una opción renovadora. Nunca dirigió un gobierno ni participó en una coalición, no controló el Parlamento, sus líderes tampoco tuvieron cargos

ejecutivos en el Estado y más bien se presentaron como víctimas del sistema político. Incluso Morales consiguió limar los aspectos más conflictivos de su trayectoria, que lo asociaban con momentos de tensión, para proyectar la imagen de «un líder con todos los atributos de un rebelde, pero ninguno de sus defectos» (Molina, 2006: 75). Además, fue el único candidato que sacó provecho de la campaña pues logró que la opinión que los votantes tenían de él mejorase (+15,5 puntos)¹⁰, en tanto que Quiroga se mantuvo estable, Doria Medina y Nagatani retrocedieron.

De forma paralela, la reducción de las tasas de crecimiento y el ambiente social deteriorado minaron la confianza en la economía de mercado a la vez que alentaron el resurgimiento de un nacionalismo económico. El referéndum sobre la política energética convocado por Mesa ayudó a dar cuerpo a esas tendencias, hasta ese momento difusas, y consolidó el deseo de reconstruir un Estado interventor. Todos los partidos que tuvieron un papel fundamental en el Estado en el período 1985-2005 contribuyeron a las políticas económicas liberales, lo que dejaba a Morales la vía libre para encarnar un proyecto alternativo. El jefe del MAS había sido un crítico del neoliberalismo y un defensor de la nacionalización de los hidrocarburos. Contaba asimismo con una historia de enfrentamientos con los Estados Unidos que si bien tenían una raíz en la defensa de la coca, le daban credenciales antiimperialistas, valiosas para respaldar su nacionalismo económico.

De una manera más general, se jugó con la posibilidad de introducir amplios cambios, reducir las desigualdades y la marginalidad de sectores habitualmente relegados, en especial de las zonas rurales. Además en estas regiones, Morales se convirtió en el primer dirigente sindical con posibilidades reales de acceder a la Presidencia, lo que acrecentaba las expectativas, alentadas por las promesas de favorecer a los campesinos y promover una democracia participativa. La fuerza del MAS estuvo en la capacidad de monopolizar la idea de transformación política, económica, cultural y social en un contexto de demandas de cambio. Si bien es difícil separar el impacto de cada una de las propuestas, ellas tuvieron influencias diferentes según las categorías del electorado: en los grupos medios el interés se dirigió más hacia las cuestiones políticas, en los sectores empobrecidos hacia las promesas socioeconómicas.

La primera característica de la votación del MAS es su asentamiento rural. Sus mejores actuaciones se dieron en los municipios que constituían la columna vertebral del MAS desde sus inicios, vale decir el área rural de Cochabamba y las zonas próximas a esa región. La continuidad se puso de manifiesto en el coeficiente de correlación que unió las votaciones de 2002 y 2005 en el nivel municipal, 0,79. Así, consiguió excelentes resultados en el trópico de Cochabamba y, en medida algo menor, en los yungas paceños, otra área dedicada al cultivo de la coca. Logró rendimientos igualmente altos en el norte de Potosí, el sudeste de La Paz, el este y sur de Oruro (a veces con resultados superiores al 75%). El MAS ocupa una posición dominante en la vida sindical y asociativa de esas zonas mientras que la audiencia de los partidos de orientación liberal

10. Resultado obtenido de la pregunta: «En términos generales, ¿su opinión sobre Evo Morales ha mejorado, ha empeorado o se ha mantenido igual con el desarrollo de la campaña electoral?».

ha caído progresivamente. En esos bastiones, la actividad y la votación de otros frentes se redujeron hasta pasar desapercibidas.

El MAS extendió su influencia a todas las áreas rurales del Occidente y Centro. Salíó victorioso en la mayoría de las regiones habitadas por un campesinado pobre, de lengua aymara o quechua, con un nivel de vida mediocre; un cuadro similar se presentó en las colonias agrícolas de Santa Cruz donde la presencia de agricultores llegados de tierras altas es fundamental; por último, consiguió el voto de los trabajadores mineros. Así, consiguió la mayoría absoluta de los votos en el norte y centro de Chuquisaca, el centro y oeste de Potosí, el occidente cruceño, el este de Oruro. Morales llegó con fuerza con un discurso que prometió atacar problemas estructurales, en especial la desigualdad, la falta de oportunidades laborales, la exclusión.

Las perspectivas favorables de acceso al poder dieron una resonancia singular a su discurso de izquierda. Su candidatura contó con ventajas suplementarias. Cosechó los frutos del esfuerzo por extender su presencia sindical en áreas ajenas a su bastión inicial y aprovechó la desaparición de la competencia de otras formaciones de izquierda que habían jugado un papel destacado: la ausencia del MIR o del MBL en la presidencial facilitó la transferencia de votos al MAS en municipios chuquisaqueños y en regiones del Chaco.

Una mención aparte requiere el Altiplano paceño que en 2002 apoyó a Quispe. Tres años después, el MIP se mantuvo como un partido importante, ocupando habitualmente el segundo lugar en las provincias de esa región, pero el MAS hizo un esfuerzo por ganar adhesiones sindicales en el Altiplano y erosionar el liderazgo de Quispe, que sufrió asimismo la repetición de un fenómeno político acostumbrado en esa región: la dificultad de los partidos para conservar la lealtad del electorado por dos comicios consecutivos. El MAS ha sido el último beneficiado de un acelerado movimiento de rotación que antes favoreció al MIP (2002), a CONDEPA (1997), al MNR (1993), al MIR (1989), al MNRV (1985) y a la UDP (1979/1980). Fue en el Altiplano donde Morales más avanzó con respecto a los comicios previos pero pese a ganar con la mayoría absoluta, de todas las áreas rurales del Occidente, el Altiplano paceño fue la única en la cual encontró un cierto contrapeso partidario a su dominio.

A pesar del carácter eminentemente rural de la votación recibida por el MAS, su triunfo no hubiese tenido la contundencia que tuvo sin los resultados de las capitales. Se trató de una ruptura con las tendencias previas que vieron a la izquierda durante dos décadas replegarse hacia las áreas rurales y perder la capacidad de convencimiento en las ciudades. Otras novedades fueron el respaldo importante en los estratos medios y altos de la sociedad y el apoyo en las ciudades del Este y del Sur.

La votación por el MAS se acentuó en los barrios pobres, habitados sobre todo por inmigrantes rurales, confrontados a una difícil inserción en la economía y la sociedad ciudadana. El partido canalizó una aspiración por mejorar las condiciones de vida: en esos distritos, las elecciones previas mostraban un descenso de los partidos gubernamentales y un respaldo a quienes los criticaban. En 2005, esa opción se concentró detrás de Morales que llegó a superar los dos tercios de los sufragios. En las elecciones anteriores, el voto de protesta se dividió: en 2002, fue disputado por el MAS y NFR —hasta

terciaban partidos asociados al ejercicio del poder pero con un mensaje social, como el MIR o UCS-, o en 1997 por CONDEPA y UCS. En 2005, el MAS se encontró casi sin rivales en ese terreno pues los otros partidos o bien sufrieron de su participación conocida en la gestión pública o bien tenían una notoriedad reducida.

La votación declinó a medida que subía el nivel de vida de los barrios pero se trató de un *continuum* antes que de una polarización. Morales capturó una parte significativa del voto de la clase media e incluso alta. En estos casos, el voto respondió a una lógica política antes que social, reflejo de un anhelo de cambio en las prácticas políticas. El MAS nunca dirigió el Estado y su dirigencia permaneció libre de denuncias de corrupción. También influyó la candidatura vicepresidencial de García, activo durante la campaña en las ciudades, promoviendo una imagen moderada del MAS. Finalmente, en ciertas fracciones de las clases medias, la táctica de Quiroga de despertar temor ante el comportamiento de Morales jugó en contra pues generó el sentimiento que un gobierno de PODEMOS no resistiría la movilización de la calle impulsada por el MAS y que más bien la estabilidad estaría asegurada por Morales.

El sufragio urbano constituyó un respaldo al candidato presidencial antes que a la organización partidaria, que tuvo dificultades para que ese voto se prolongase hacia los candidatos uninominales o hacia los prefectos. Mientras que en las zonas rurales la distancia entre la votación presidencial y prefectural o uninominal tendió a ser reducida, en las ciudades la brecha se amplió. Un último rasgo de la votación urbana del MAS debe destacarse: la implantación en ciudades de Santa Cruz y Tarija. Morales logró el concurso de los distritos más nuevos, poblados en su mayoría por personas nacidas en el Occidente y Centro del país, confrontados a la discriminación y al trabajo precario en lugares que aparecen como tierras de futuro. Sin duda, no es en 2005 que recién aparece un voto crítico con las elites tradicionales de esos departamentos: antes benefició a partidos que habían desarrollado liderazgos locales fuertes, como UCS en Santa Cruz y el MIR en Tarija.

La sorpresa provino quizá del serio enfrentamiento entre los grupos de poder tradicional de esos departamentos y el MAS durante los meses previos, interpretado por muchos como un rechazo militante hacia ese partido. Es probable que el apoyo a Morales indicase tanto un deseo de mejorías socioeconómicas como una afirmación de identidad ante la actitud a veces teñida de desprecio de los sectores acomodados de esas regiones. Como ocurrió en 2002, la votación del MAS se asentó entre los hombres antes que entre las mujeres. Se trató de una diferencia marcada que dio un sesgo femenino al resto de las candidaturas. El discurso de cambio aguerrido del MAS caló mejor entre los varones que entre las mujeres, que suelen distanciarse de los lenguajes combativos y prefieren los candidatos con un perfil más consensual. Sin olvidar la composición por género de las áreas de colonización agrícola, las tradicionales o las del Chapare, donde suele haber una mayor población masculina.

El avance del MAS dejó pocas regiones indiferentes: la Amazonía, Beni y la Chiquitania. Allí, los promedios no fueron tan bajos como en 2002 pero en muchos municipios Morales no llegó ni al 15%. El MAS careció de un aparato capaz de enfrentar la

campana en áreas controladas por fuertes elites tradicionales, dedicadas a la ganadería o la explotación maderera, con escasa inmigración proveniente de tierras altas.

En una visión de conjunto, la progresión del MAS entre 2002 y 2005 se dio sobre todo en las tierras que en la primera elección apoyaron las candidaturas de Reyes Villa (NFR), de Quispe (MIP), Costa Obregón (L y J) y de Fernández (UCS). La correlación entre la progresión de Morales y la votación acumulada de los cuatro partidos llega a un significativo 0,63 en el nivel municipal. La elección de 2002 había mostrado una división del electorado entre un grupo relativamente satisfecho con la situación del país, y el sector más bien crítico, ganado a partidos que no dirigieron el gobierno, como el MIP, NFR, L y J, además del propio MAS.

La votación dispersa en 2002 se reagrupó en 2005 alrededor de una sola candidatura, la de Morales. Esta transferencia de votos consolidó el control rural del MAS y le abrió paso en las ciudades, incluyendo los estratos medios. Mientras que en las áreas rurales y en muchos barrios populares urbanos predominó una orientación hacia cambios fuertes, en las categorías medias se afianzó la voluntad de renovar los actores políticos, una tendencia que en 2002 fue canalizada por Reyes Villa y Costa. De esta manera, se completó un proceso que quedó a medio camino en los comicios precedentes, cuando en la campaña los electores menos satisfechos abandonaron primero a L y J para adherirse a NFR y en la recta final del proceso respaldar al MAS.

V.3. El incómodo segundo lugar de PODEMOS

PODEMOS logró una votación que le hubiese permitido ganar los comicios de 2002, 1997 y 1989; desde 1980, es el partido que ocupó el segundo lugar con el mayor puntaje; en 2005, reunió la bancada más numerosa en el Senado. Esos resultados que en cualquier otro contexto hubiesen sido considerados favorables quedaron opacados por la histórica victoria del MAS y por la amplia diferencia que estableció con respecto a PODEMOS. Entonces, Quiroga ocupó un incómodo segundo lugar que además no reflejaba la polarización anunciada entre dos bloques de tamaños equivalentes.

Como en el caso del MAS, la votación de PODEMOS tuvo explicaciones políticas y sociales. Quiroga defendió su gestión gubernamental y los principios de la política estatal aplicada desde hacía dos décadas: necesidad de contar con inversiones extranjeras y asegurarles un marco de respeto, importancia del mercado para el desarrollo nacional, descentralización del Estado, etc. Buscó, entonces, consolidar el núcleo de un voto más bien conservador, deseoso de ver restablecida la autoridad del Estado frente a las presiones de los movimientos sociales, preocupado por las consecuencias de un eventual gobierno del MAS. La polarización con Morales apuntó en esa dirección. Al mismo tiempo, pretendió dar un mensaje de reforma política que le ayudase a atraer a un electorado con expectativas de cambio. Los resultados probaron que su estrategia funcionó bien en su primer componente y con poco éxito en el segundo.

En efecto, Quiroga recibió el voto de los grupos tradicionalmente beneficiados y de quienes creían en el modelo liberal. Así, en la encuesta el apoyo a PODEMOS provino

de los grupos que tienen el español como lengua habitual en el hogar, mientras que el nivel declinó en los hogares con lengua quechua y aymara. A la vez, tuvo menor aceptación entre los trabajadores por cuenta propia, a menudo confrontados a precarias condiciones de vida, y mejoró entre los funcionarios públicos, llegando a su nivel más alto entre los empleados del sector privado, convencidos de las virtudes de la libre empresa.

La geografía de PODEMOS pone en evidencia dos grandes regiones de apoyo: la «Media Luna» que va desde Pando hasta Tarija, pasando por Beni y Santa Cruz, y las ciudades. En uno y otro caso se trata del electorado que apostó en los comicios precedentes por el MNR y ADN. La continuidad tiene también una corroboración estadística: la correlación a nivel municipal entre la votación de Quiroga y la de Mac Lean es importante (0,52) y es más todavía con la de Sánchez de Lozada (0,74).

Las raíces de ese voto no se encuentran en los comicios de 2005 sino que se hunden en una larga historia. Quiroga reunió el voto de las regiones más conservadoras, a menudo aisladas y con poca población, donde las elites ejercen un dominio amplio y legítimo sobre las distintas actividades de la vida pública, donde el contacto entre distintas clases es más fácil gracias al uso compartido del español, a una socialización más abierta que sin embargo no borra las distancias entre grupos, donde las pautas de vida no han sido alteradas por la llegada de inmigrantes de tierras altas y donde el nivel de vida muestra que se trata de las áreas favorecidas del país.

A estas causas estructurales, se sumaron factores políticos. La sigla «PODEMOS» podía ser nueva pero en la práctica articuló a los políticos destacados de ADN en la Amazonía, Beni y la Chiquitania, que contaban con un sólido arraigo y que, a diferencia de lo que sucedió en otras zonas, se mantuvieron activos en la presidencial de 2002 y en la municipal de 2004. Al mismo tiempo, Quiroga se benefició de la alianza implícita con el MIR. La mayoría de las regiones donde Paz logró buenos porcentajes en 2002 se plegó a Quiroga. Allí, el acercamiento entre PODEMOS y el MIR consolidó a Quiroga y afianzó liderazgos locales como ilustraron los triunfos en las circunscripciones uninominales de diputados salientes del MIR.

Pese a esos resultados, PODEMOS sintió la falta de una base sólida y de su constitución como una constelación de grupos y personalidades. Así, salvo en un caso, el candidato presidencial tuvo menos sufragios que los prefectos. En Pando y Beni, el apoyo a los candidatos a presidente y prefecto de PODEMOS fue equivalente, incluso el respaldo a los diputados uninominales estuvo cerca, lo que reflejaba una estructura preparada y candidatos populares, capaces de generar una dinámica positiva de conjunto. En cambio, en los otros departamentos, los candidatos locales tenían una implantación fuerte y tendieron a desarrollar campañas personalizadas que ayudaron poco al postulante a la Presidencia.

Las capitales constituyeron otro espacio bien predispuesto hacia Quiroga, que superó su promedio nacional en todas ellas y consiguió un respaldo significativo en las del Este y del Sur. En las ciudades se presentan los niveles de vida más altos, positivamente asociados con el voto por PODEMOS. En las urbes, los porcentajes se incrementaron en los barrios de clase media y alcanzaron su cima en los distritos ricos que juzgaron

positivamente la experiencia y la formación de Quiroga para conducir el Estado, el equipo ya fogueado en la administración pública y una visión de país considerada moderna, abierta al exterior. De tendencia «adeno-gonista», no necesitaron la campaña para definirse por el líder de PODEMOS pues su inclinación ya se encontraba bastante definida desde los años previos (Romero Ballivián, 2003: 304).

En cambio, la agrupación tropezó con dificultades en los barrios populares pues su propuesta no satisfacía las expectativas de cambio y Quiroga sufrió del nexo que se estableció entre él y el modelo liberal, incluso con Sánchez de Lozada a pesar de que nunca se aliaron. Tampoco logró encarnar el cambio político pues sus listas parlamentarias lo asociaron con el sistema partidario tradicional. Estas percepciones se acentuaron en las ciudades occidentales, donde el rechazo a esos partidos exhibía sus niveles más altos. Las dificultades en La Paz (27,3%) y El Alto (13,2%) merecen una mención. Ambas ciudades se caracterizan por un voto de censura contra los gobiernos que provoca constantes cambios de mayoría. En 2005, no había un gobierno saliente que buscara defender su balance por lo que la sanción se dirigió contra los líderes o los partidos que administraron el poder en las últimas décadas: la visibilidad de los ex dirigentes del MIR y del MNR en las listas parlamentarias facilitó esa identificación.

Los resultados cayeron a los últimos peldaños en las zonas rurales de los valles y del altiplano, en las cuales llegó incluso a quedar por debajo de 5%. En ellas, los partidos que ejercieron el gobierno quedaron en una posición frágil. El campesinado pobre se sintió posiblemente dejado por el avance socioeconómico conseguido en las dos décadas de democracia, evaluado asimismo como lento y prefirió apostar por organizaciones que nunca dirigieron el Estado. En otras zonas, como el Chapare o el Altiplano, la oposición a la candidatura de Quiroga era más activa pues en su gestión como vicepresidente o como presidente se produjeron enfrentamientos entre campesinos y fuerzas de seguridad: a veces el proselitismo en esas provincias se desarrolló en un ambiente tenso.

A esas debilidades con rasgos estructurales, PODEMOS añadió una organización precaria: la agrupación heredó la ausencia de cuadros políticos de ADN en el Altiplano o en los valles pobres y no tuvo el tiempo suficiente para prepararse. La presidencial de 2002 ya ofreció la imagen de un partido poco implantado en esas áreas y la municipal de 2004 confirmó esa característica. Los pactos tampoco paliaron las deficiencias pues el MIR no estuvo en condiciones de revertir la mala imagen del partido en el Altiplano o en Cochabamba.

V.4. El discreto nacimiento de UN

UN llegó a las elecciones con pretensiones e importantes recursos, decidido a romper con la polarización entre el MAS y PODEMOS, a los que combatió, y ocupar la casilla central del escenario político. El resultado fue, al final de cuentas, modesto. Mantuvo el tercer lugar con el que inició la campaña pero con un porcentaje reducido, el más débil obtenido por un partido que logró ese puesto desde el retorno a la democracia.

La votación para Doria Medina tuvo tres rasgos centrales: su fuerza en Pando y en menor grado en Santa Cruz, la implantación urbana y el impacto de sus empresas de cemento.

El respaldo conseguido en Pando y Santa Cruz no responde tanto a los méritos del armazón de UN, poco consistente en ambas regiones, como mostraron los resultados de la municipal de 2004, como a su política de alianzas. Por un lado, en Pando, Doria Medina suscribió un acuerdo con Miguel Becerra, ex dirigente de ADN y fundador de la agrupación MAR, que contaba con un importante apoyo en la Amazonía. Si la movilización del aparato de MAR le sirvió sobre todo a Becerra en su campaña para prefecto, también benefició a la candidatura presidencial de Doria Medina que superó 20% en muchas alcaldías del norte de Bolivia.

En el mismo sentido, jugó la incorporación de Carlos Dabdoub como acompañante de fórmula: el dirigente aportó a la votación de UN en la capital departamental de Santa Cruz (14,2%) y en sus áreas de influencia. La menor notoriedad de ese líder en las zonas rurales o alejadas de la capital atenuó la contribución. Una observación próxima corresponde al aporte de Roberto Fernández, ganador de la municipal de 2004 en la ciudad de Santa Cruz, e incluido como candidato a senador. Los resultados de las encuestas indican un declive progresivo de UN en Santa Cruz. La dupla partidaria no logró contrarrestar la campaña de PODEMOS en ese departamento que señalaba que votar por UN favorecía al MAS al debilitar a Quiroga.

La segunda característica del voto por UN fue su concentración urbana. En la mayoría de las capitales y de las principales ciudades, Doria Medina superó su promedio nacional. La estratificación del voto mostró una mayor preferencia en los sectores altos y un declive progresivo a medida que los barrios aumentaban su composición popular. El candidato fue mejor acogido en los grupos aventajados que reconocieron su formación, su trayectoria empresarial y su propuesta, que si bien buscaba establecer diferencias con PODEMOS y el MAS, fue juzgada compatible con los fundamentos socioeconómicos vigentes. Sin embargo, en ese segmento no pudo competir con Quiroga, percibido como el principal antagonista de Morales y con mayor experiencia en la administración pública. En los distritos pobres, la votación declinó: ante el MAS, UN no parecía ser una propuesta convincente de cambio. A pesar del discurso contra las compañías petroleras, Doria Medina era conocido como empresario y tenía tras suyo una extensa carrera en el MIR.

El desempeño de UN bajó en las zonas rurales, exceptuadas las de la Amazonía por las razones ya anotadas. Partido de creación reciente, UN careció de un enraizamiento campesino, difícil de conseguir en poco tiempo pues exige un trabajo de terreno sostenido para ingresar en las redes sindicales, comunales y asociativas. Además, Doria Medina no tenía una trayectoria que lo asociase a las inquietudes agrarias y su discurso hizo poco énfasis en ese tema. Al igual que NFR en 2002, UN se apoyó en las ciudades donde desplegó una intensa campaña a través de medios masivos de comunicación; la difusión de la propuesta, de la sigla y de la candidatura se entrabó en las áreas rurales con baja cobertura de medios y todavía influidas por las opiniones formadas a través de relaciones personalizadas. Por ello, no sorprendió que los porcentajes quedasen

por debajo de 2% en las áreas aisladas, con menor proporción de hispanohablantes, con pocos medios de comunicación.

Finalmente, la geografía de UN reflejó la implantación de las empresas de Doria Medina, reproduciendo una situación observada en la elección municipal de 2004. Los municipios de Viacha, Warnes, El Puente se singularizaron en su entorno por los elevados porcentajes de UN. En ellos, y en las zonas aledañas, la acción económica y social del empresario es conocida y las fábricas de cemento suelen ser la principal fuente de empleos directos o indirectos de la región. Doria Medina aprovechó esa presencia de larga data para captar un importante apoyo político.

V.5. El derrumbe del MNR

El MNR obtuvo en la elección de 2005 un resultado paradójico: ocupó el cuarto sitio con 5,9% de los votos y su actuación fue considerada satisfactoria para las condiciones en las cuales se presentaba, es decir, después de la renuncia de Sánchez de Lozada, la desarticulación de su dirección y el desaliento de su militancia. Sin embargo, en una perspectiva histórica, el resultado es el peor conseguido por el MNR y nunca antes había quedado relegado al cuarto lugar. Se trató del derrumbe del partido dominante en la política boliviana y en todos los municipios su votación decayó con respecto a 2002.

Al mismo tiempo, el resultado demostró la conservación de un núcleo duro de apoyo, ya presente en la municipal de 2004 cuando arrancó un porcentaje equivalente al de la presidencial. Además, el carácter partidista de esta votación se desprende de la cercanía de la votación recibida por Nagatani y los diputados uninominales en casi todos los departamentos, hecho que sugiere que hubo un escaso voto cruzado: el análisis puede prolongarse hasta los prefectos, también beneficiados por ese apoyo cerrado de los militantes.

El MNR sólo se mantuvo en las tierras más tradicionales de la organización: en regiones amazónicas, en Beni –donde consiguió su único senador–, la Chiquitanía, en el sur de Chuquisaca y en provincias del Chaco. La correlación entre la votación de 2005 y de 2002 en el nivel municipal es también alta (0,79). El contraste con UN es esclarecedor: ambos partidos obtuvieron porcentajes próximos pero mientras que Doria Medina tendió a recibir una votación distribuida con una cierta homogeneidad territorial, Nagatani tuvo puntos sólidos de apoyo (incluso votaciones superiores al 30%) que reflejaban la larga implantación partidaria.

En efecto, si bien en un nivel distinto del registrado por Durán en 1997, la dinámica de 2005 fue similar: un repliegue hacia los baluartes y un desvanecimiento de las innovaciones introducidas por Sánchez de Lozada a la sociología electoral del partido. El MNR se asentó en tierras que comparten rasgos culturales y socioeconómicos, que van desde el predominio del español, condiciones de vida relativamente altas a pesar del carácter rural de las poblaciones, poca inmigración, hasta el dominio de élites ganaderas o forestales que influyen sobre las preferencias políticas. En esas áreas, el MNR ha establecido un aparato bien estructurado, apenas afectado por las convulsiones de 2003.

Esa solidez se ilustró con el triunfo de dos diputados uninominales (en Beni), una cifra mayor a la lograda por UN.

A pesar de lo expuesto, el MNR apenas obtuvo la victoria en tres municipios, una cifra escasa para un partido acostumbrado a dominar amplias regiones, aun en épocas consideradas difíciles. Nagatani no retuvo a todo el electorado en los bastiones y sufrió pérdidas en beneficio de PODEMOS, convertida en la opción conservadora mejor ubicada en la elección. En las zonas rurales del Occidente, el partido confirmó el declive sufrido después de la cúspide alcanzada en 1993, cuando convenció al campesinado del altiplano y valles. La caída no puede ser atribuida a los candidatos sino al desgaste de una organización vista como el portaestandarte del modelo neoliberal, juzgado contrario a los intereses nacionales y a las clases populares. La segunda gestión de Sánchez de Lozada chocó violentamente con los campesinos y mineros, por lo que en 2005 el partido carecía de propuestas creíbles para las zonas pobres.

En un sentido próximo puede interpretarse la baja actuación en los barrios populares urbanos. En ellos, el MNR cargaba con la pesada herencia de la gestión gubernamental inconclusa que tuvo en 2003 un momento dramático considerado como el final de una forma de hacer política y de conducir la economía. La votación fue mínima en las ciudades donde los conflictos alcanzaron la mayor gravedad. La resistencia partidaria mejoró en los lugares alejados de los problemas y donde más bien se juzgó con ojos críticos la movilización social y política del Occidente (en Santa Cruz, Tarija o Trinidad, Nagatani superó su promedio nacional).

La elección de 2005 marcó el alejamiento de las clases medias y altas, uno de los puntales del MNR bajo el liderazgo de Sánchez de Lozada. Ciertamente los resultados en las ciudades mostraron un avance en los barrios favorecidos pero el nivel se encontró muy por debajo de los conseguidos en 2002, cuando el ex presidente fue considerado como un garante de la restauración de la autoridad del Estado. El partido, sumido en una grave crisis y con un balance gubernamental poco halagüeño, vio alejarse ese electorado hacia PODEMOS y UN. Los comicios de 2005 quedarán para el MNR como aquellos en los cuales se transformó de una organización de alcance nacional en un partido regional, prolongando la tendencia percibida en la municipal de 2004. Ya no combina como antes sitios de fortaleza y de debilidad sino áreas de buena implantación y de ausencia.

Las pérdidas más severas se dieron en las provincias de Chuquisaca que apoyaron a Sánchez de Lozada gracias al pacto suscrito con el MBL así como los municipios donde operan las compañías mineras del ex presidente. La mayoría de esas áreas se inclinó por el MAS en 2005. Se trata de regiones pobres cuyo apoyo al MNR en 2002 se explicaba más por factores políticos o por vínculos económicos especiales que por sus características socioeconómicas: desaparecidos esos elementos singulares, la votación de esos municipios se alineó sobre el comportamiento dominante en la región.

Los otros municipios donde el MNR registró pérdidas superiores al promedio eligieron organizaciones contrapuestas al MAS, ya sea PODEMOS o UN. Fueron las alcaldías amazónicas, tarijeñas, chaqueñas, además de las principales ciudades. A pesar del retroceso, muchas de esas zonas dibujaron todavía los espacios de influencia movimientista.

El MNR perdió pocos puntos de los que le restaban en el Altiplano paceño, en las provincias de Cochabamba, en el oeste de Oruro y en las colonias agrícolas pero los guarismos finales señalaron que el partido quedó reducido en esas zonas a una existencia marginal. Pocos bastiones registraron reducciones pequeñas: la mención más importante corresponde a Beni.

Para concluir, hay que indicar que los partidos que dirigieron el gobierno (MNR, MIR, ADN) perdieron su capacidad para conservar tras suyo a la mayoría del electorado. Reunieron 63,7% de los sufragios en 1985, en 1993 descendieron a 53,7%, en la presidencial de 2002 cayeron a 39,1% y en los comicios de 2005, PODEMOS, el MNR y UN mantuvieron ese nivel (39,5%). Sin embargo, detrás de esta estabilidad, se observan importantes evoluciones regionales. Hubo lugares donde los porcentajes acumulados de Quiroga, Nagatani y Doria Medina superaron la suma de los resultados obtenidos por Sánchez de Lozada, Paz Zamora y Mac Lean en 2002. Normalmente se trató de áreas prósperas, económicamente dinámicas y en las cuales las organizaciones conservadoras son influyentes.

Al contrario, en más de un centenar de municipios se produjeron pérdidas mayores a los 10 puntos (alcaldías de Chuquisaca, del Altiplano, del oeste tarijeño y las colonias agrícolas de Santa Cruz). Se confirma así una tendencia de la sociología electoral boliviana: los partidos que administraron el gobierno a partir de 1985 enfrentaron dificultades crecientes para seducir al electorado popular y su audiencia en las zonas de pequeño campesinado se contrajo en la década de 1990. La elección de 2005 se enmarcó en esa línea y las contrariedades del MNR deben ser comprendidas en ese panorama.

V.6. El MIP sale del escenario

En los comicios de 2002, el MIP estableció el récord electoral del katarismo y se impuso en el Altiplano paceño. En 2005, Quispe no reeditó esa actuación. Su organización perdió la personalidad jurídica al quedar por debajo de la barrera de 3%. El MIP se retiró como uno de los derrotados de los comicios. La distribución de la votación repitió el patrón observado en 2002 (correlación entre ambas votaciones en el plano municipal de 0,90). Los asentamientos siguieron en el Altiplano paceño, donde consiguió a menudo el segundo lugar, detrás de Morales, con cifras superiores a 15%. Estos datos indican que el MIP guardó su atracción para los votantes del Altiplano rural de lengua aymara, dedicados a la agricultura, que en los años previos habían mostrado una actitud desafiante hacia el Estado. La continuidad se dio en un contexto de debilitamiento: las provincias paceñas apoyaron al MIP pero en una proporción bastante menor a la registrada en 2002. El retroceso pudo exceder los 30 puntos.

Dos razones estrechamente ligadas explican esa disminución. Por un lado, el liderazgo de Quispe perdió fuerza. A los comicios de 2002 llegó en condiciones favorables, después de haber organizado importantes bloqueos en el Altiplano, con los cuales consiguió concesiones para el campesinado de la región y logró doblegar al Estado; esa movilización facilitó la creación del MIP y el proselitismo en la campaña presidencial.

En los años siguientes, su convocatoria declinó: luego de 2003 ya no pudo movilizar a las bases sindicales, atraídas por el MAS que ofrecía mejores perspectivas. Al mismo tiempo, la elección municipal de 2004 también mostró el retroceso del partido (con 2,2% de los votos, anticipó el resultado de la presidencial) y que en vez de afianzarse se disgregaba: la bancada parlamentaria se dispersó y hasta Quispe prefirió renunciar a su diputación. Por si fuera poco, el interés de los medios por el jefe del MIP disminuyó pues su poder había declinado de forma evidente.

Por otro lado, cuando el MAS encabezaba las encuestas dejaba con pocas opciones al MIP. La mayoría de las banderas enarboladas por Quispe, la lucha contra la discriminación, la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los campesinos, el rechazo al liberalismo, se encontraban en los discursos del MAS, aunque a menudo con tintes étnicos menos marcados. El voto útil en los sectores campesinos y en los barrios más pobres de La Paz y El Alto jugó contra el jefe del MIP que, consciente de esa tendencia, lanzó la mayoría de sus dardos contra Morales. Colocado a la defensiva en sus bastiones, el MIP no tuvo la energía para ganar nuevos espacios. El partido ni siquiera contaba con una mínima estructura, hecho que se evidenció en la ausencia de candidatos a senadores o diputados en Beni y Pando. Así, resultó frecuente que el partido no alcanzase el 1% en las tierras ajenas al discurso de reivindicación de la identidad indígena, en especial aymara.

V.7. Los votos blancos: novedades en el frente este

Los votos blancos llegaron al 4%, por debajo del promedio histórico 1979-2002 (4,4%) y en ligero retroceso con respecto a los comicios de 2002. La distribución geográfica y social no se vio modificada: la proporción de votos blancos se incrementó en las áreas más pobres, aisladas, con menores niveles educativos, poca práctica del castellano y escasos vínculos con la política nacional. A la inversa, esos sufragios quedaron por debajo del promedio nacional en las principales ciudades, cuyas características se contraponen en gran medida a las del grupo anterior. Estos datos, próximos a los de comicios pasados, sugieren que el voto blanco reflejó un problema social estructural antes que una opinión política sobre las candidaturas o los debates de la contienda de 2005.

La explicación sociológica no agota la distribución del voto blanco, que también se alimentó de una lógica política. En efecto, las áreas que habitualmente cuentan con porcentajes reducidos de sufragios blancos los aumentaron. Así sucedió en municipios de Beni, Pando, Tarija o el Chaco, con incrementos que contradijeron la evolución nacional marcada por una disminución de los votos blancos.

En las áreas conservadoras hubo un movimiento de duda: por un lado, los acontecimientos nacionales de los años precedentes debilitaron y desprestigiaron a los partidos dominantes de la región; por otro lado, la iniciativa política se concentró en las tierras altas, colocó en la agenda política propuestas ajenas a la cultura política de las tierras bajas. Esas tendencias provocaron el retraimiento de ciertas franjas del

electorado, que acudieron a votar en proporción algo menor a los de otros departamentos o dejaron las papeletas en blanco en un número desacostumbrado para la zona. Se trató de un alejamiento antes que de una ruptura pues tales grupos no se plegaron a los críticos del liberalismo.

Este análisis se confirma cuando se nota que los votos blancos en la elección de las prefecturas fueron menores que los de la presidencial en Pando, Beni, Santa Cruz, Tarija o en provincias chaqueñas (siendo equivalentes en los departamentos occidentales). En la contienda regional, los votantes se sintieron más cómodos, escogiendo entre figuras conocidas y definiendo políticas de desarrollo local: la duda se produjo cuando tuvieron que pronunciarse sobre el sentido de la evolución nacional. A la inversa, en las zonas de votación para el MAS, que son también en parte las zonas de mayor densidad de sufragios blancos, bajó el porcentaje de éstos con respecto a 2002. Las razones que impulsaron a los votantes de provincias conservadoras a replegarse incitaron a los de áreas con tradición de voto por la izquierda, el indigenismo o las organizaciones de protesta a dejar el voto blanco y sumarse al MAS.

VI. CONCLUSIONES

La elección de 2005 estuvo marcada por la contundente victoria lograda por el MAS (49,7% de los votos emitidos). Resulta pertinente la comparación con el triunfo de la UDP en 1980, el segundo más amplio obtenido desde el retorno a la democracia (34%). Hay una diferencia de más de 15 puntos entre el porcentaje de Morales y el de Siles a pesar de que, en ambos casos, el triunfo de la izquierda se basó en la votación de campesinos de pequeña propiedad, mineros, habitantes de barrios populares y sectores de clase media. La primera diferencia se dio en la concentración del voto de los agricultores del altiplano y de los valles. La UDP reunió, al igual que el MAS, la mayoría absoluta de los sufragios en el altiplano paceño pero en las otras zonas rurales su triunfo no fue tan holgado pues tuvo la competencia del MNR, una organización con anclaje rural.

En cambio, el MAS no dejó mayor espacio a sus rivales. Luego, Morales logró un respaldo urbano de envergadura, superior incluso al de Siles. Los dos candidatos tuvieron ciertas dificultades en grupos medios y la confianza de los sectores populares, nuevamente en el caso de Morales en un nivel mayor. Más novedosa fue la penetración del MAS en las colonias agrícolas de Santa Cruz, en las cuales la presencia de la UDP era discreta tanto por la fuerza del MNR como por la presencia todavía minoritaria de los inmigrantes de los valles. Asimismo, Morales consiguió una mayor votación en ciudades del Este y del Sur, atrayendo los sufragios de los ciudadanos recientes, campesinos que dejaron la zona rural para buscar mejores oportunidades u hombres llegados desde las tierras altas con el mismo propósito. En los dos casos, estos grupos, antes menos importantes numéricamente, apostaron por la izquierda.

Los comicios de 2002 marcaron el final del ciclo político abierto con los comicios de 1985 pero no abrieron una nueva fase, tarea que le correspondió a la consulta de 2005. En efecto, varios elementos permiten suponer que la presidencial de ese año se

convertirá en una elección de realineamiento, como lo fue la de 1985. En primer lugar, ha modificado la estructura del sistema partidario en dos direcciones: por un lado, ha relegado a un lugar secundario a organizaciones que desempeñaron un papel fundamental en las décadas previas y que parecen tener opciones reducidas de recuperar espacios electorales significativos, lo que agrava los problemas de conducción, debilita la cohesión interna y favorece el alejamiento de los dirigentes con popularidad. Las perspectivas de renovación de liderazgos disminuyen en la medida que las nuevas generaciones prefieren iniciar sus carreras políticas en las organizaciones fuertes del nuevo ciclo.

Por otro lado, la elección presidencial de 2005 dejó un escenario bipolar, e incluso bipartidista, con dos organizaciones que acumularon tres cuartos de los votos, un porcentaje sin precedentes en el cuarto de siglo anterior. Un duelo de esas características puede prolongarse pues el sistema electoral adoptado para la Asamblea Constituyente, de claro tinte mayoritario, lo alienta. Sin duda, la dispersión y la fragmentación del voto que marcaron la «democracia pactada» no van a desaparecer pero pueden atenuarse. Finalmente, los resultados de 2005 concluyen un ciclo de políticas públicas dominadas por la economía de mercado, la prioridad concedida al estilo técnico para definir la gestión estatal, la confianza en las organizaciones internacionales. La victoria de Morales le permite llevar adelante un programa con orientaciones distintas a las definidas a partir de 1985, y tal vez antes.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- BORTH, Carlos y CHÁVEZ, Silvia. *Elecciones 2002*. La Paz: Fundemos, 2003.
- CALDERÓN, Fernando y LASERNA, Roberto (coords.). *El poder de las regiones*. La Paz: CERES-CLACSO, 1985.
- CARVAJAL, Hugo y PÉREZ, Miguel Ángel. *¿Una nueva realidad política?* La Paz: Fundemos, 2005.
- CORTE NACIONAL ELECTORAL. *El referéndum 2004 en Bolivia*. La Paz: Corte Nacional Electoral, 2004.
- COSTA, Jimena y ROJAS, Gonzalo. *Informe de Milenio sobre el acontecer político en Bolivia* (7). La Paz: Milenio, 2004.
- ESPAÑA, Raúl. La participación política y electoral en Bolivia. En CORTE NACIONAL ELECTORAL. *Democracia en Bolivia: cinco análisis temáticos del Segundo estudio nacional sobre democracia y valores democráticos*. La Paz: Corte Nacional Electoral, 2005.
- FUNDACIÓN BOLIVIANA PARA LA DEMOCRACIA MULTIPARTIDARIA. *Foro con la ciudadanía: Elecciones 2005*. La Paz: Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria, 2006.
- FUNDEMOS. Elección presidencial 2002. *Opiniones y Análisis*, 2002: 57.
- El referéndum en Bolivia. *Opiniones y Análisis*, 2004a: 68.
- Referéndum: resultados y alcances. *Opiniones y Análisis*, 2004b.
- GARCÍA, Álvaro; GUTIÉRREZ, Raquel; PRADA, Raúl y TAPIA, Luis. *Tiempos de rebelión*. La Paz: Muela del Diablo, 2001.
- GRAY MOLINA, George. La economía más allá del gas. *Pulso*, 16 de septiembre de 2005.
- LASERNA, Roberto. *La democracia en el ch'enko*. La Paz: Milenio, 2004.
- LOAYZA, Rafael. *Halajtayata*. La Paz: FUNDEMOS, 2004.

- MARTIN, Pierre. *Comprendre les évolutions électorales*. Paris: Presses de Sciences Po., 2000.
- MAYORGA, Fernando. *Neopopulismo y democracia*. La Paz: UMSS-Plural, 2002.
- MAYORGA, René A. La crisis del sistema de partidos políticos: causas y consecuencias. En IDEA. *Partidos políticos en la región andina: entre la crisis y el cambio*. Lima: IDEA, 2004.
- MOLINA, Fernando. El triunfo de la cultura populista. *Opiniones y Análisis*, 2006, 77: 57-82.
- ROCA, José Luis. *Fisonomía del regionalismo boliviano*. La Paz: Plural, 1999.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador. *Razón y sentimiento: la socialización política y las trayectorias electorales en la elite*. La Paz: Fundemos-PIEB, 2003.
- *Geografía electoral de Bolivia*. La Paz: Fundemos, 2003.
- *En la bifurcación del camino: análisis de la Elección Municipal 2004*. La Paz: Corte Nacional Electoral, 2005.
- Los tres ejes del consenso. *Opiniones y Análisis*, 2005, 23: 153-167.
- *El tablero reordenado*. La Paz: Corte Nacional Electoral, 2006.
- TAPIA, Luis. *Por el sí, por el no*. La Paz: Corte Nacional Electoral, 2004.
- ZOVATTO, Daniel. Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia. Una visión comparada en la región andina, 1996-2004. En IDEA. *Democracia en la región andina, los telones de fondo*. Lima: IDEA, 2005.